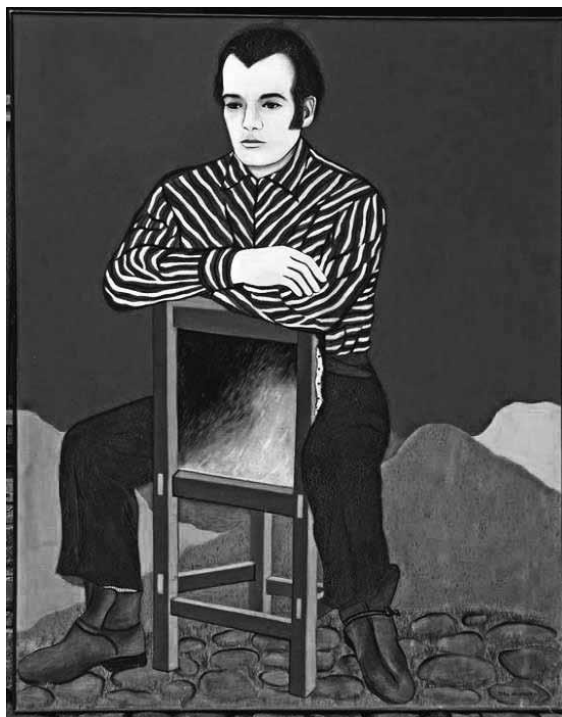


# Recuperando la memoria con Manuel Mejía Vallejo

Félix Gallego Duque

Las efemérides van mucho más allá de simples datos para tener en cuenta en un calendario, algunas fechas nos recuerdan cuándo se debe resaltar un acontecimiento que está relacionado con el inicio o la terminación de una vida. Tradicionalmente asociamos el 23 de abril con el Día del Idioma e internacionalmente se tiene instaurado por la Unesco que en una fecha como esta se celebra el Día Internacional del Libro.

Desde la educación básica se nos ha hecho énfasis que en este día se conmemora cada año el fallecimiento de grandes maestros de la literatura universal como Miguel de Cervantes Saavedra o William Shakespeare, obviando algunas imprecisiones históricas para justificar la coincidencia de estos hechos; incluso se recuerda el nacimiento de Marco Fidel Suárez, una figura con una contribución más política que literaria en el ámbito nacional. Sin embargo, pocas veces se menciona que la meritoria fecha también tiene un natalicio



Dora Ramírez, *La tierra éramos nosotros*,  
retrato de Manuel Mejía Vallejo

célebre para las letras nacionales, correspondiente a uno de los escritores más emblemáticos para el país y la región, en este caso hacemos referencia a Manuel Mejía Vallejo.

La vida de Manuel Mejía Vallejo inicia el 23 de abril de 1923 en Jericó y se suspende el 23 de

julio de 1998 en El Retiro; mas no se puede decir que su existencia terminó porque su legado sigue vivo “en sus libros, en sus hijos, en la gente que lo amaba y lo sigue amando, en los árboles que crecen sobre sus cenizas a unos metros de la vieja casona de Ziruma. Y hasta en su voz”, como bien lo expresa su discípulo Juan José Hoyos.

En la novela *El día señalado* (1964), don Manuel anota frente a la referencia de los datos del nacimiento y la muerte de un personaje cómo “entre esas dos fechas hubo una vida sin importancia”, tal vez por la conciencia que tuvo el escritor sobre la inminencia de la muerte y lo efímero de la existencia, asuntos que plasmó con singular intensidad en varias de sus obras; sin embargo, esta misma frase no podría aplicarse a la figura de este autor antioqueño, quien nos deja para conmemorar en este 2013 los siguientes aniversarios: 90 años de su nacimiento y tres lustros de su fallecimiento, así como sus novelas más reconocidas coinciden en alcanzar una antigüedad de publicación considerable: 50 años del premio Eugenio Nadal (1963) a *El día señalado*, 40 años de publicación de *Aire de Tango* y 25 años de publicación de la obra galardonada con el Premio Rómulo Gallegos, *La casa de las dos palmas*. En suma, el legado de su experiencia vital y de su producción literaria es tan significativo que corresponde a una vida verdaderamente importante.

Aunque en el transcurso de su existencia fue un hombre sencillo, buen conversador y nada propenso a envanecerse con la fama literaria, Mejía Vallejo nos legó en el lapso de sus 75 años de vida una amplia obra compuesta por 11 novelas, 209 cuentos y relatos, 4 libros de poemas con 575 producciones líricas entre décimas, coplas y poemas, más otro material de tipo crítico y ensayístico,<sup>1</sup> que representa un legado literario invaluable, no solo para la letras colombianas sino para la literatura universal.

El autor fue un hombre comprometido con la recuperación de la memoria colectiva de la región antioqueña y la nación colombiana, logrando trascender el esquema de una literatura regional, planteando en sus obras y a través de sus personajes temas universales de gran sentido para comprender la existencia del individuo como la búsqueda de sus orígenes históricos y personales, las pasiones desmedidas, la fuerza de voluntad que en ocasiones inclinaba sus personajes a la terquedad, y los rasgos de hombres y mujeres en su constante lucha en contra de la adversidad.

En el caso de Manuel Mejía Vallejo, este compromiso con la recuperación de la memoria se evidencia desde su primera novela *La tierra éramos nosotros* (1945), con la cual se empieza a formar un proyecto literario que comprende más de medio siglo de producción escrita, asunto que a lo largo de su obra implica en el

autor el proyecto de evocación de su historia a partir de las anécdotas de sus ancestros como colonizadores antioqueños y sobre la conciencia de sí mismo, instaurándose como un sujeto que debe rescatar las experiencias de construcción de una región y de una nación.

No se puede desconocer que en sus obras se encuentra condensada toda el alma de su región del suroeste antioqueño, pero sus alcances son tan universales que trascienden las fronteras locales y alcanza a plantear a través de sus historias y sus personajes acontecimientos que buscan recobrar sus orígenes para tratar de descifrar dónde radica ese carácter de individuo alucinado y mítico<sup>2</sup> que se ha atribuido al individuo colombiano.

En la trayectoria literaria del escritor, que abarca diversos problemas de diferentes épocas en la literatura nacional, como la relación campo-ciudad, la narrativa de la Violencia y la experimentación formal en cuentos o en novelas como *Aire de tango* (1973), se consolida una propuesta estética que se interroga sobre el mundo heredado de los antepasados y la responsabilidad de sus descendientes en darle continuidad a través de la creación de un espacio literario definido y único, con características asimiladas a toda la región del suroeste antioqueño, particularizadas en la creación de un espacio de ficción, un típico pueblo denominado Balandú.

Alrededor de Balandú y otros pueblos aledaños que constituyen ese espacio de ficción como Santa María de los Robles, Tambo, entre otros, se ubican las novelas que consagraron la figura de don Manuel en un escritor fundamental para la literatura colombiana. Obras como *Tarde de verano* (1981), *La casa de las dos palmas* (1988), *Los invocados* (1997) e incluso *Aire de tango*, tienen a Balandú, bien sea como ubicación espacial, una evocación o el referente de procedencia de un personaje, como ese lugar desde el cual el destino de los personajes está marcado por las acciones de sus antepasados.

Manuel Mejía Vallejo nos presenta a esos personajes como seres reales que tras una fortaleza física y de carácter, con una templanza ante las dificultades y con una sensibilidad artística ante lo bello, se muestran tan humanos y con tantas debilidades que sus luchas internas y personales son tan grandes como su labor colonizadora. Lejos de toda alegoría a estos forjadores de una nueva sociedad como héroes míticos de la antigüedad, el autor nos devuelve su humanidad para evidenciar que personajes de sus obras como *El día señalado*, *Tarde de verano*, o *La casa de las dos palmas* heredaron la fortaleza y las normas patriarcales, pero no desconocen el valor de la justicia legal o divina, la generosidad de sus corazones o una alta valoración del arte.

Don Manuel nos dejó como herencia para la literatura colombiana una riqueza poética,

narrativa y ensayística que debemos conocer como legado de nuestra cultura; por eso, hoy, más que conmemorar una fecha, celebramos el acceso a un universo literario que permite a sus cuentos, novelas, poesías o ensayos tomar vida propia en las manos de un lector contemporáneo que no escapa a la seducción literaria de sus obras imperecederas.

**Félix Gallego Duque** es estudiante del Doctorado en Literatura en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Mater*.

## Notas

<sup>1</sup> Datos referenciados en el estudio<sup>1</sup> Datos referenciados en el estudio del profesor Augusto Escobar Mesa sobre la obra de Manuel Mejía Vallejo.

<sup>2</sup> García Márquez acude a este concepto a partir del encuentro de dos mundos desde la irrupción violenta de los españoles en América, especificando esta postura en su discurso *La soledad de América latina* (1982).

## Bibliografía

Escobar Mesa, Augusto, *Estudio Bibliográfico de Manuel Mejía Vallejo*, Medellín, Biblioteca Pública Piloto, 1997.

Hoyos, Juan José, *El libro de la vida*, Medellín, Sílabas Editores, Alcaldía de Medellín, 2011.

Mejía Vallejo, Manuel, *El día señalado*, Barcelona, Ediciones Destino, 1964.